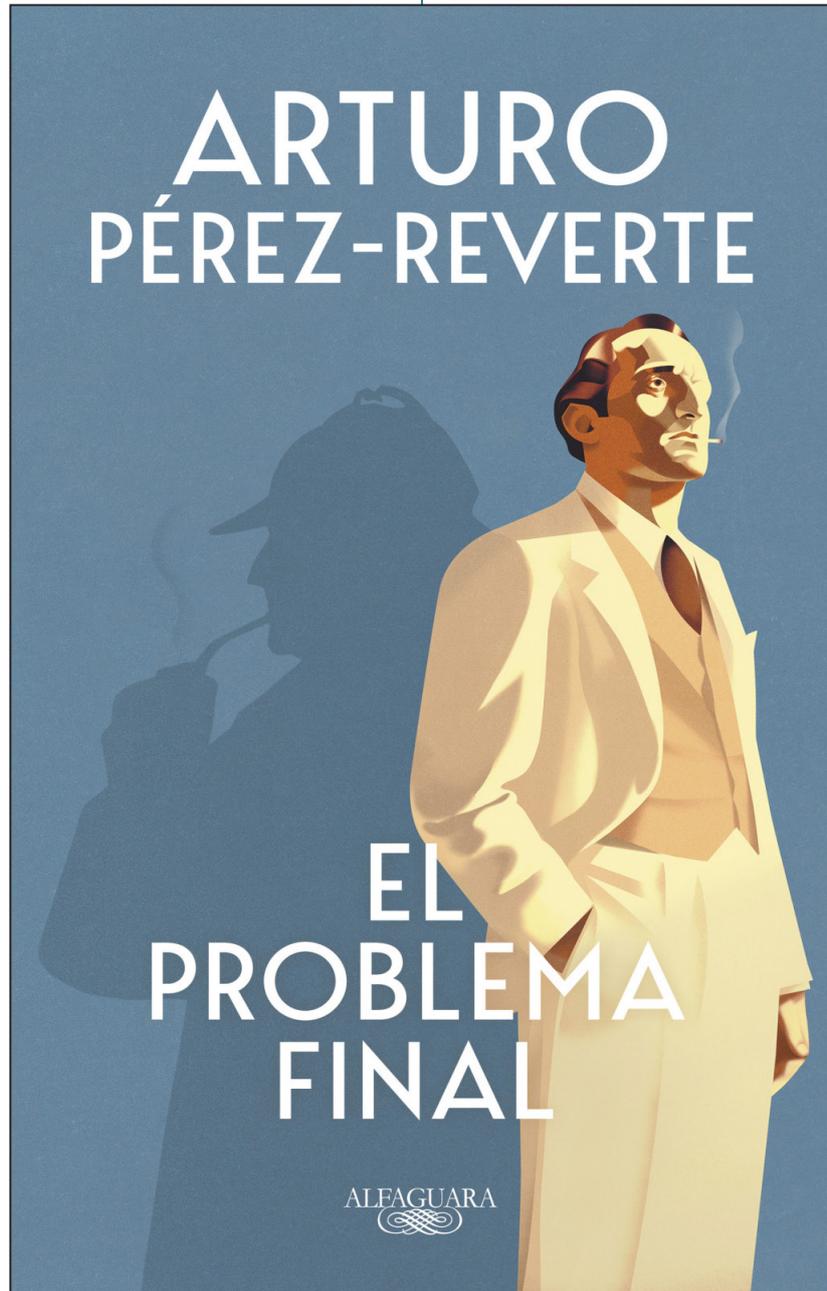




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

Junio de 1960. Un temporal deja aislados a los nueve huéspedes alojados en el pequeño hotel local de la isla de Utakos, frente a Corfú. Lo que debería ser una apacible espera se convierte en un insospechado reto detectivesco cuando en el pabellón de la playa aparece ahorcada Edith Mander, una discreta turista inglesa. Todos los indicios apuntan a un suicidio, pero Hopalong Basil, un actor británico en decadencia que se hizo célebre por encarnar al personaje de Sher-

lock Holmes en el cine, sospecha que detrás de esa muerte hay un inteligente y meditado acto criminal. Alentado por la intuición, y aplicando los métodos que aprendió del legendario personaje de Arthur Conan Doyle, inicia una investigación para desentrañar la verdad. En un lugar donde nadie puede entrar y del que no es posible salir, todos se convertirán en sospechosos en esta trama que evoca el clásico enigma de la habitación cerrada.

UN DETECTIVE COMO LOS DE ANTES

Su verdadero nombre es Ormond Basil, pero todos lo conocen como Hopalong Basil, y él es el inesperado protagonista que Arturo Pérez-Reverte ha creado para *El problema final*. El escritor, mediante un hábil recurso literario, recupera la figura del mítico detective del 221B de Baker Street a través de un antiguo actor de éxito que alcanzó fama mundial encarnando a este personaje en la gran pantalla. Un evidente guiño, por parte del novelista, a Basil Rathbone, el reconocido intérprete que entre los años 1939 y 1946 fue en numerosas ocasiones Sherlock Holmes en el cine y contribuyó de manera definitiva a difundir su apariencia y los característicos atributos que lo definen: la pipa, la lupa y el sombrero.

Con sesenta y cinco años, un metro ochenta siete de estatura, el vientre todavía plano, el rostro anguloso y una inclinación natural hacia los paradigmas de la elegancia, Hopalong Basil, gran aficionado a los libros de misterio, se encuentra por primera vez con una circunstancia insólita: un crimen real. Una situación que le pone en una tesitura imprevista y le conduce a afrontar la disyuntiva más importante de toda su

trayectoria: mantenerse al margen del caso o ceder a la tentación y ser, por primera vez de manera real, el legendario detective al que tantas veces encarnó en el celuloide.

Hopalong Basil, que en el pasado se ha codeado con las grandes estrellas del Hollywood clásico y que arrastra una turbia relación con el alcohol desde los revueltos tiempos en los que era una celebridad, se ve involucrado en un enigmático asesinato para el que no parece existir una resolución plausible o racional. Una coyuntura que le obliga a adoptar el espíritu del auténtico Sherlock Holmes y a poner en práctica todo lo que aprendió de él y de su método deductivo a lo largo de tantas películas. Esta situación desconocida y arriesgada le aboca, de manera formidable, pero también irremediable, a reflexionar sobre las herramientas de la lógica, los mecanismos y engranajes que usa la literatura policiaca y, sobre todo, a entrar en un peligroso duelo donde se confunden y entremezclan la realidad y la ficción, y en el que, a pesar de lo que dictan las apariencias, nadie es lo que parece ser. A partir de ese instante cualquiera podría ser Moriarty.

EN UNA ISLA CERCA DE CORFÚ

Arturo Pérez-Reverte ubica la trama de *El problema final* en Utakos, una reducida isla de apenas un kilómetro cuadrado desde la que se vislumbra la costa de Albania y que todavía conserva los restos de un fuerte veneciano y, en lo alto de una colina arbolada, los vestigios de un antiguo templo griego. Un paraíso con playas de arena y plácidos caminos que recorrer. Una tierra salpicada de olivares, pinos, cedros, cipreses y buganvillas, que el autor de *El club Dumas*, convierte en una acertada metáfora del cuarto cerrado, «el crimen clásico de los clásicos», el enigma por excelencia que consagraron los grandes novelistas del género detectivesco.

El problema final propone una sucesión de situaciones misteriosas en escenarios que responden a estas características y que presentan una extrema complejidad. Esto es un desafío para la mirada analítica del protagonista, Hopalong Basil, y pone a prueba la agudeza de los lectores. Con enorme habilidad, Arturo Pérez-Reverte transforma este idílico lugar ubicado en el Mediterráneo en un claustrofóbico proscenio donde opera una mente criminal calculadora que conoce cuáles son las reglas y

normas que se aplican a este juego. Y las maneja con virtuosismo letal.

El novelista reivindica a través de la trama de este libro el antiguo gusto por «resolver la identidad del criminal y el método usado para asesinar» que proponía la novela-problema, sobre todo cuando discurría «en un lugar cerrado que hacía el crimen en apariencia imposible» y suponía «un desafío a la razón y a las leyes físicas». Un tipo de trama que cultivaron con enorme éxito autores como Agatha Christie, Arthur Conan Doyle, Jacques Futrelle, Edgar Allan Poe o Gaston Leroux, entre otros, y que en el pasado cautivó a millones de lectores en todo el mundo.

Con *El problema final*, Arturo Pérez-Reverte sostiene que «el héroe victoriano de Baker Street sigue siendo válido y posible» y por eso mismo merece la pena regresar una vez más a esa época, no tan distante, donde un asesinato era el punto de partida de una ingeniosa partida de ajedrez entre el autor y el lector, en la que los investigadores preferían utilizar el razonamiento en lugar de empuñar el revólver y la fuerza de los detectives dependía de la fineza de una inteligencia cultivada.

UN GÉNERO CLÁSICO

La investigación policiaca no es el único hilo argumental que hay en *El problema final*. Arturo Pérez-Reverte, como no había hecho antes en sus obras, introduce una extensa reflexión sobre la literatura de detectives y el devenir que ha tenido a lo largo de las últimas décadas. A través de Hopalong Basil, que peina canas y ya le cuesta subir pendientes, expresa su nostalgia por aquellos relatos de antes. En las largas conversaciones que el protagonista mantiene con Paco Foxá, un escritor español de novelas de kiosco que se convierte en un particular doctor Watson, se recuerda que «hasta finales de los años treinta se publicaron miles de novelas con enigma. Eso liquidó el género. Esclarecer un crimen mientras se beben tazas de té [...] suena hoy blando. La novela que llamamos negra, más innovadora, arrinconó los enigmas elegantes».

Basil y Foxá debaten sobre los antecedentes del género policial, que sitúan en el *Ayante* de Sófocles; en el relato del profeta Daniel, «que esparce ceniza en el suelo del templo para demostrar que los sacerdotes entran a comerse las ofrendas»; en Edipo, que terminará averiguando que mató a su padre y se acostó con su madre, y en el fratricidio que abre la Biblia o cuando el cuerpo de Jesucristo desapareció de una tumba sellada. Mencionan la deriva y la evolución del género hasta Gaboriau, Leblanc o incluso el mismo Alejandro Dumas de *El vizconde de Bragelonne*. Pero si en algo coincide esta pareja fortuita, unida de manera casual por el destino, es en que «el thriller ha matado el escalofrío intelectual».

Los dos cuentan cómo la llegada de investigadores con gabardina y modos violentos, capaces de explorar los viejos

fondos con su desenvoltura de hombres de mundo, terminó con este tipo de detective que encandilaba a los lectores. Ambos expresan su lamento por el hecho de que «las últimas guerras nos arrebataron la inocencia que nos quedaba». Como ellos mismos aseguran, «Sam Spade y Marlowe ridiculizaron a Hércules Poirot o Philo Vance» y los nuevos escritores no dudaron en emigrar «al policial íntimo y social».

Con la resignación que caracteriza a los espíritus que han conocido mejores etapas, el detective y su improvisado ayudante, disertan, sin renunciar en ningún momento a una sonrisa, sobre los trucos literarios que contienen esos libros (los

únicos que merecen leerse dos veces: «una para desvelar el misterio y otra para comprobar cómo se ha planteado») y aceptan, con el encogimiento de la resignación, que el público se ha pasado a «la novela que llaman negra: más músculo que cerebro» y que en esos tiempos confusos de la década de los sesenta, como también le sucede al cine, la acción y la violencia han sustituido al antiguo arte del ingenio, que era capaz de crear asesinatos donde resultaba imposible que se llevaran a cabo. Un pensamiento que no tardan demasiado en glosar en una meditada frase: «Lo extraño encierra poco misterio. Es lo común lo que resulta desconcertante».

UNA HISTORIA DE CINE

Hopalong Basil, amigo de Graham Greene y residente en la ciudad de Antibes, es un actor en sus horas más bajas, que ha sufrido las fatales consecuencias que conlleva que a uno le encasillen en un personaje: «Yo llegué a odiar a Sherlock Holmes, ¿comprende?... Entendí por qué su autor quiso deshacerse de él en las cataratas de Reichenbach. Nadie me daba otros papeles, y cuando dejé de interpretarlo terminó mi carrera. Sólo me ofrecieron secundarios en películas de poca clase».

Pero él no es el único actor que aparece en estas páginas. Junto al relato policial y el puzle de pistas verdaderas y falsas, discurre un homenaje al celuloide y a los grandes intérpretes del cine clásico. De hecho, *El problema final* arranca justo cuando comienzan a extenderse rumores acerca de una insólita producción de Samuel Bronston que se pretende rodar en España y que estaría protagonizada por Charlton Heston y Sophia Loren.

Arturo Pérez-Reverte traza de esta forma, y de manera paralela, dos líneas continuas que muestran cómo ha evolucionado el gusto de los lectores y los espectadores. Lo ha hecho casi simultáneamente. El divertimento que apelaba a la inteligencia fue desplazado por la acción

en la gran pantalla y los investigadores de aire ligero que protagonizaban las novelas de intriga, por intensos policías de acentuado carácter psicológico. «La vieja guardia nos fuimos al diablo después de la guerra y se pusieron de moda esos jóvenes tortuosos, desaliñados, drogadictos y con mala dicción: Brando y sus camisetas, por ejemplo. O James Dean. O Montgomery Clift con su mirada de loco», comenta Hopalong Basil.

A través de sus recuerdos afloran precisamente los nombres de Errol Flynn, David Niven, Marlene Dietrich, Leslie Howard, Tyrone Power, Kirk Douglas, Cary Grant, Ginger Rogers, Burt Lancaster, Rita Hayworth o Spencer Tracy, protagonistas indiscutibles de un cine, que, como las novelas-problema, se ha perdido en el tiempo. «El cine sólo es de verdad cuando no pretende serlo. Cuando es mentira», sostiene, para concluir que, en definitiva, «todo es un juego. Y lo que no puede convertirse en eso no merece la pena. Homo ludens, ya sabe... Ocurre con el cine y la literatura. En mi opinión, cuanto más fieles a la ficción son los relatos que apelan a un pacto cómplice con el lector, más valiosos se vuelven. Demasiada realidad acaba traicionándolos».

ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN

El problema final supone también un acercamiento a los límites que separan la realidad y la ficción, un tema que goza de una clara actualidad. Hasta qué punto se confunden y cuál es el límite en el que las personas son capaces de discernir dónde comienza una y termina la otra. Por algo, el protagonista recuerda un viejo dicho que le mencionaba John Wayne: «Un buen actor se pasa la vida siendo alguien que no es, pero que el público cree que es».

Hopalong Basil comprende mejor que ninguno el significado de esta frase cuando todos le impulsan a investigar el asesinato sólo porque en el pasado encarnó a Sherlock Holmes. «Ignoro cuánto caló en usted el detective de sus películas, ni de qué manera influyó en su personalidad. O tal vez fue usted quien marcó al personaje», le argumentan, para después decirle: «Usted es el detective por excelencia. Cuando la mayor parte de la humanidad piensa en uno, éste tiene sus rasgos». Una insistencia que le obliga a recapacitar sobre la diferencia que existe entre persona y personaje, ficción y

realidad, y que le trae a la memoria otra sentencia que le confesó en la intimidad el mítico Douglas Fairbanks: «Los personajes vienen, te habitan y se van, pero el buen actor permanece».

Estos elementos obligan a los personajes de *El problema final* a recapacitar sobre por qué, al final, el ser humano siente esta evidente y clara propensión a la ficción: «Ante determinadas realidades, ante lo brutal y lo injusto, el ser humano suele buscar consuelo, evasión». Y es esta necesidad de «consuelo», concluyen, lo que alienta nuestra adicción a contarnos historias: «Algo que permita creer que al final, en la última página, en las palabras The End cuando cerremos el libro o nos levantemos de la butaca, todo quedará atrás como historias imaginadas». Quizá por eso Hopalong Basil reconoce que el fundamento de cualquier interpretación es la mezcla adecuada de «realidad» y de «imaginación»: «Todo puede utilizarse para mentir. El duelo en una novela policiaca no es entre el asesino y el detective, sino entre el autor y el lector».

GALERÍA DE SOSPECHOSOS

Edith Mander aparece muerta en el pabellón de la playa. Ha muerto ahorcada. Tiene los ojos abiertos y la piel, desvaída por la muerte, comienza a tomar el color de la cera. ¿Suicidio? Todo invita a pensar en esta posibilidad. La habitación está cerrada y nadie parece haber podido entrar o salir de ella. Pero las cosas no son tan sencillas como se muestran y la palabra que todos temen y nadie se atreve a pronunciar, asesinato, pronto se abre paso entre los huéspedes que acoge el hotel Auslander. Todos son sospechosos porque todos tienen motivos para serlo y también porque todos ellos tienen secretos que se esfuerzan por ocultar.

PACO FOXÁ

«Era bien parecido y no pasaba mucho de los cuarenta. Hablaba un buen inglés con acento español. Estaba moreno de sol, y el pelo negro, un poco ondulado, le daba aire de galán cinematográfico. Su aspecto era el de quien sabe perfectamente diferenciar una samba de un mambo».

Es soltero, mantiene un espectacular parecido con un actor emergente, Cliff Robertson, y escribe historias baratas de kiosco. Novelas policiales, de intriga o del oeste. Lo que demanden los lectores y las modas en cada momento. De temperamento social y abierto, conversador por naturaleza, admirador de las intrigas bien urdidas y amante de los problemas en apariencia sin solución, se convierte por azar en el ayudante ocasional que acompaña a Hopalong Basil en sus pesquisas. Pero ni siquiera él está libre de contarse entre los sospechosos. El precipitado desenlace de la relación sentimental que mantenía con una mujer casada lo ha dejado varado en la isla. Por casualidad, se deduce. Pero ¿es cierto lo que cuenta o es sólo una coartada para explicar por qué está allí?

PIETRO MALERBA

«Era bajo, fuerte, tenía el pelo prematuramente cano, y sus ojos un poco oblicuos hacían pensar en la huella remota de algún bárbaro de los que siglos atrás saquearon Italia. Por lo demás era romano hasta la médula: un curtido pirata con sólidos anclajes sociales y económicos. Sólo creía en el cine, la televisión, el dinero y el sexo, por ese orden».

Fuma habanos y conoce a Hopalong Basil desde hace quince años. Los dos vienen del mundo del cine y la televisión. Un mundo de mucha confianza, pero que da pocas amistades. Es un productor de peso en Cinecittà, uno de esos nombres que mueven las grandes producciones norteamericanas en Europa. Alguien con un pie en la Warner y otro en la RAI. Un hombre bien comunicado. Con contactos. Mantiene una relación algo frívola pero de sincero afecto y atracción mutua con la soprano Najat Farjallah. Durante un paseo por las calles de Génova tropieza con su amigo Basil, y lo invita a que los acompañe en su viaje. El anzuelo, la promesa de introducirle en un proyecto televisivo. Pero ¿es cierto? ¿Ha sido tan fortuito ese encuentro?

NAJAT FARJALLAH

«La célebre soprano estaba en posesión de una belleza a punto de marchitarse, aunque todavía eficaz: ojos grandes y oscuros bajo un turbante de seda, boca bien dibujada, nariz poco semítica a pesar de su origen libanés, vestimenta adecuada —había leído en alguna parte que la vestía su amiga milanese Biki Bouyeure—, aunque el escote me pareció excesivo para las dos y cuarto de la tarde».

Cantante de ópera. Una diva, desde la primera hasta la última letra. Alguien que ha aprendido a conjugar los modales y la discreción con el descaro, el reconocimiento profesional y el orgullo que produce disfrutar del favor del público. Sus pretéritos éxitos en los teatros europeos todavía no se han olvidado, pero es consciente de que existen dos nuevas sensaciones que cautivan al patio de butacas: Maria Callas y Renata Tebaldi. El tiempo no perdona a nadie. Y ella lo sabe. Pero ¿cómo lo encaja? Pareja de Pietro Malerba, de modales comedidos y cierta tendencia a unos movimientos lánguidos y meditados, la soprano no siente remordimientos por ir colgada del brazo de su novio y coquetear al mismo tiempo con el todavía atractivo Hopalong Basil. ¿Por qué lo hace? ¿Acaso urde algo? Y, sobre todo, ¿tiene algún interés en mantener una relación con un hombre tan distinto a ella como Pietro Malerba? ¿Qué es en realidad lo que los une?

EL DOCTOR KARABIN

«Se trataba de un turco rechoncho, con barba rizada veteada de canas, cuyo pelo demasiado caoba era un evidente peluquín postizo; director, comentó alguien, de una clínica privada en Esmirna».

Cauto, pero impaciente. Viste un pantalón blanco con rodilleras sucias. El calor le hace sudar. ¿O son los nervios? Inspecciona con cuidado el cadáver de Edith Mander. Su primer examen no deja lugar a dudas: la víctima falleció por asfixia. Las pruebas, subraya, lo indican. La marca del cuello, la posición de la

lengua, los ojos desorbitados. Pero su cara no puede disimular el asombro cuando Hopalong Basil comienza a destacar las leves notas que no encajan en el veredicto de suicidio. El médico, que calla aspectos neblinosos de su vida, parece saber más de lo que habla. ¿Cuál es la causa de la muerte? ¿Tiene él algo que ver con ella? ¿El reconocimiento médico le ha descubierto un detalle significativo que oculta a los demás? Si es así, ¿por qué lo silencia?

VESPER DUNDAS

«Era atractiva, como dije: no exactamente guapa, pero sí dotada de esa cualidad carnal propia de muchas mujeres y de pocas inglesas [...]. Tenía treinta y nueve años; pero su piel, un poco bronceada, mostraba un aspecto lozano y tibio: pelo rubio en media melena, iris acerados».

Es la amiga de Edith Mander. Viajaban juntas. La conoció en París, en el Museo del Louvre, delante de la Victoria de Samotracia, y pronto confraternizaron. Dos mujeres solas en el mundo. Mander, por un amor que descarriló de mala manera; ella, por el fallecimiento de su marido unas semanas atrás. Mujer discreta, está sobrecogida y desconcertada por un suceso que no termina de asimilar: la muerte de su amiga. Todo parece natural en ella. El ánimo encogido, los ojos enrojecidos por el llanto, la tristeza que desvanece su figura y semblante. Pero ¿es inocente de los hechos que acaban de ocurrir? ¿Por qué está tan nerviosa?

LOS KLEMMER

«Hans Klemmer era corpulento, sanguíneo, con unos ojos azul claro idénticos a los de su esposa. Una cicatriz horizontal le cruzaba la mejilla izquierda: la inequívoca marca estudiantil de las antiguas universidades alemanas».

Sus nombres son Hans y Renate Klemmer. Muy alemanes. Educados. Secos. Distantes. Los dos están de vacaciones. Él trabaja en una industria alemana de frigoríficos. Tiene los pómulos rojos del bebedor, una barriga prominente y luce ropa demasiado tensa. Los ojos azules le confieren una expresión fría, distante, que invita a la desconfianza y que es propia de los hombres capaces de todo. O al menos de mucho. Ella, reservada, es una mujer discreta, que mata el tiempo haciendo punto o leyendo revistas. Una de esas personas que mantienen siempre el mismo tono en las conversaciones. No existe nada disonante en su matrimonio. Pero la sombra de la duda se cierne sobre ellos. ¿Qué hacen ahí, en un lugar tan aislado, dos alemanes solos?

RAQUEL AUSLANDER

«No había cerca más autoridad que la señora Auslander, propietaria del hotel y la isla».

Es una mujer dura. Ha vivido la Segunda Guerra Mundial y conoce lo que es la muerte y la vida. Regenta esa villa del siglo XIX desde hace años, un lugar adecuado para los turistas que deseen apartarse del mundo durante unos días o unas semanas, un sitio también apropiado para aquellos que quieran pasar desapercibidos y sobreponerse al pasado. Ella es de las personas que saben cuál es el peso de un cadáver. Ha aprendido a sostener la mirada. Es la única que conoce quién es quién en el hotel. En su memoria hay razones suficientes para convertirla en una sospechosa. Sobre todo cuando los pasaportes de las personas hospedadas se esfuman de repente.

GÉRARD

«Era flaco, distinguido y francés, y vestía con sobrio aplomo el traje negro y la pajarita propios de su digno oficio».

Es el encargado del hotel y un hombre con talento para desenvolverse con el piano. Su rostro presenta características contradictorias. Por un lado, posee una nariz de perfiles aristocráticos; por otro, un diente de oro abrillanta su sonrisa y lo emparenta con lo más bajo de la sociedad. De buena planta para vestir la ropa de su oficio y con uno de esos bigotes finos que antes estaban tan al día, él es de las pocas personas que sabe en qué habitación está cada huésped y qué es lo que hacen cada uno de ellos. La naturaleza de su cargo le permite estar al tanto de lo que ocurre y también de dónde están en cada momento. Un privilegio que le inscribe en la lista de los sospechosos.

SPIROS Y EVANGELIA

Spiros es uno de esos muchachos que «merodean por hoteles y restaurantes». Mediterráneo, atractivo, seductor. Alguien capaz de seducir a una dama solitaria o de encontrar un buen partido en una señorita distinguida pero tímida. Trabaja en el hotel al lado de Evangelia, la otra persona que compone el servicio. Ella es una persona cauta, que ha aprendido a caminar como sólo lo hacen los felinos: sin hacer ruido. Pero es él quien tiene las trazas de esos chavales que saben cómo labrarse el destino y buscar su fortuna. Por eso entra en la nómina de sospechosos. ¿Cuál era la relación que mantenía con Edith Mander? ¿De qué hablaron cuando él la atendía? ¿Existía algo entre ellos aparte de una conversación amena? Aunque discreto y voluntarioso, hay asuntos que Spiros no cuenta.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Con esta novela, Arturo Pérez-Reverte salta a un género que hasta ahora no había tocado. Realmente es así. ¿Tiene puntos en común con otras novelas suyas, como *El asedio*, *El club Dumas* o *La piel del tambor*?
2. El protagonista de *El problema final*, Hopalong Basil, menciona al principio del libro que «esa clase de películas basadas en novelas de misterio dejaron de interesar al público. Ahora éste exige persecuciones de automóviles, disparos, sobresaltos y espectáculo». ¿Estáis de acuerdo con su reflexión? ¿Por qué pensáis que se ha producido este cambio?
3. Hopalong Basil, más conocido como Hoppy, es un actor atrapado en su personaje. Un intérprete que está abocado a retomar el papel de Sherlock Holmes. ¿Creéis que esto sucede a menudo? ¿Hasta qué punto un actor, o incluso una persona corriente, es el papel que interpreta?
4. El crimen determina la evolución de Hopalong Basil en este libro. ¿Por qué creéis que acaba aceptando el desafío de convertirse en detective? ¿Cuál es su motivación?
5. ¿Qué es lo que une a Hercule Poirot, Sherlock Holmes y Hopalong Basil?
6. Francisco Foxá es el escritor español que, de manera providencial, se convierte en el compañero de Hopalong Basil en esta aventura. Es su particular Watson. ¿Cómo definiríais la relación de estos dos personajes en esta historia? ¿Creéis que Foxá es el homenaje que Arturo Pérez-Reverte brinda a las antiguas novelas de kiosco?

7. ¿Qué factores unen a Sherlock Holmes y al doctor Watson? ¿O en este caso a Francisco Foxá y Hopalong Basil? ¿Por qué funcionan tan bien este tipo de parejas en la ficción?
8. Uno de los aspectos que unen a Francisco Foxá y Hopalong Basil es su conocimiento de la literatura de aventuras y de misterio. ¿Consideráis que la literatura puede fomentar, hacer nacer o fraguar una amistad? ¿Y por qué?
9. Durante una conversación, Foxá afirma que «empecé con relatos de misterio intelectual, pues los devoraba de niño, pero acabé pasándome al policial moderno. A la novela que llaman negra: más músculo que cerebro». ¿Consideráis que hoy prevalece la violencia y la acción en este tipo de libros en lugar de la reflexión y el desafío intelectual?
10. A través de la resolución del crimen inicial de esta novela se pone el foco en varios personajes. ¿Este tipo de obras es una manera de contar la intrahistoria de los distintos personajes que existen? ¿El escritor juega con la curiosidad que tiene el lector para conocer quién es cada uno de los protagonistas en realidad? ¿Qué es lo que esconden?
11. Los personajes se quedan encerrados en una isla que está cerca de Corfú. En este tipo de libro, ¿cuál creéis que es la función del escenario? ¿Qué papel juega en la trama?
12. Arturo Pérez-Reverte recupera en este libro la novela-problema. El autor apunta en *El problema final* las razones de su decadencia en el pasado: el abuso de obras, el exceso de imitaciones y la pérdida de la ingenuidad de los lectores después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Existen más razones? ¿Qué conclusión sacáis de que se dejaran de escribir estos textos cuando todavía las obras de Conan Doyle y Agatha Christie siguen leyéndose?

13. Cuando Arturo Pérez-Reverte habla de este tipo de novelas y del cine que se hacía anteriormente parece que lo hace con un poso de melancolía. ¿Puede ser una de las historias más nostálgicas del autor? ¿Brinda en este texto un homenaje a la literatura popular y al cine de aventuras que se hacía en décadas pasadas?
14. En la novela se afirma que «el crimen del cuarto cerrado es el clásico de los clásicos». ¿Qué alicientes supone para el lector este tipo de misterio? ¿Por qué resulta tan atractivo para los lectores? ¿Supone un desafío a su inteligencia?
15. En la novela se reflexiona sobre el poder de la ficción en la literatura y el cine. La fuerza que tiene para los seres humanos. ¿Por qué la ficción ejerce tanta influencia? ¿Cuál es el poder de su seducción? Y ¿por qué enganchan tanto las novelas con asesinatos?
16. En *El problema final* existe una galería de personajes secundarios, que son los sospechosos. ¿El pasado es un factor clave para entender las motivaciones que tienen en el presente?
17. Arturo Pérez-Reverte recurre a una fórmula inteligente y elegante para revivir el personaje de Sherlock Holmes en su obra y que, a la vez, no sea Sherlock Holmes. ¿Qué otros ingredientes típicos de esta clase de novela recupera en *El problema final* para homenajear a estos libros y estos autores?

EL AUTOR



ARTURO PÉREZ-REVERTE nació en Cartagena, España, en 1951. Fue reportero de guerra durante veintiún años y cubrió dieciocho conflictos armados para los diarios y la televisión. Con más de veinte millones de lectores en el mundo, traducido

a cuarenta idiomas, muchas de sus obras han sido llevadas al cine y la televisión. Hoy comparte su vida entre la literatura, el mar y la navegación. Es miembro de la Real Academia Española y de la Asociación de Escritores de Marina de Francia.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE EL AUTOR

«Pérez-Reverte sabe cómo retener al lector a cada vuelta de página».

The New York Times Book Review

«Me gusta Pérez-Reverte, me recuerda a Dumas y Salgari».

Umberto Eco

«Pérez-Reverte ha inventado novelas y géneros que no existían en España».

Alexis Grohmann

«Pérez-Reverte elabora sus novelas como un viejo barman español refinado y elegante que se emborrachase de vez en cuando con Corto Maltés».

Minute

«La etapa creativa que está atravesando Arturo Pérez-Reverte resulta asombrosa».

Sergio Vila-Sanjuán, *La Vanguardia*

SOBRE REVOLUCIÓN

¿[*Revolución* es] la mejor novela de Pérez-Reverte? Al menos y sin duda, una de las mejores».

Sergio Vila-Sanjuán, *La Vanguardia*

«Una narratividad épica que no escatima recursos escenográficos ni duras caracterizaciones en los personajes para hacerle al lector participe en tecnicolor de la mística del festín armado. [...] Leer a Pérez-Reverte, un escritor que narra la violencia sin moralinas progresistas, es un una ráfaga de aire fresco y un ejercicio sanador».

Iñaki Ezkerra, *La Verdad*

«Un clásico vivo. Algunos le han comparado con Dumas o Verne [...]. Su maestría narrativa incluye una perspectiva estoica de la existencia, una trágica conformidad con las leyes de la naturaleza, una celebración de la vida en lo que tiene de juego y riesgo».

Rafael Narbona, *El Cultural*

«La historia es, en manos de Pérez-Reverte, contemporaneidad. Su memoria tiene el ala más ancha que su sombrero».

Ana Abelenda, *La Voz de Galicia*

